

CULTURA

SELECCIÓN DE BUENOS AUTORES
ANTIGUOS Y MODERNOS

DIRECTORES: AUSTÍN LOERA Y CHÁVEZ.
Y JULIO TORRI

Tomo I. Núm. 2.

JOSE ENRIQUE RODO

MEXICO.
Septiembre 1º de 1916.

IMPRESA VICTORIA 4A. VICTORIA 92.



Contenido:

Micrós,
por Luis G. Urbina.
EL CHATO BARRIOS.
EL PINTO.
EL PUNTERO Y EL SOLDADO.
¡POBRE VIEJO!
SEMANA ALEGRE.
EL JARRO.

Contenido:

APRECIACIONES CRITICAS SOBRE «ARIEL» DE JOSÉ ENRIQUE RODÓ, por Pedro Henríquez Ureña.

FRAGMENTOS DE MOTIVOS DE PROTEO.

LA PAMPA DE GRANITO.

BOHEMIA.

LA ESPAÑA NIÑA.

LA GESTA DE LA FORMA.

DECIR LAS COSAS BIEN.

MAGNA PATRIA.

FRAGMENTO DE «ARIEL».

RUBÉN DARÍO.—SU PERSONALIDAD LITERARIA.

BÉLGICA.

APRECIACIONES CRITICAS SOBRE EL ARIEL

DE JOSÉ ENRIQUE RODÓ

DE la imaginación fecunda y espléndida de aquel genio que domina, único y sin rivales, en la cumbre del arte literario, surgió un día a vida inmortal el fulgurante cuadro simbólico *La Tempestad*, obra armoniosa, serena y animada como los frisos del Partenón. Shakespeare, después de representar en sus tragedias el desastre de las pasiones desbordadas, dió a su última obra la soberana serenidad helénica: la hizo como Sófoeles si hubiera conocido esta manera de hacer. Nada da Virgilio ni de Petrarca es más tiernamente bello. En este drama late la vida con ritmo intenso y armonioso: palpitan todos los sentimientos, pero hasta los bajos se mueven con hermosos gestos. Y por sobre los amores castos, por sobre las ambiciones ruines, por sobre la lucha de los afectos, por sobre las infamias de la traición, se yergue la figura de Próspero, el maestro mágico que es también hombre, el sabio conocedor del mundo y de sus pequeñeces, fortalecido en la soledad, quien, ayudado por Ariel y su cortejo fantástico, realiza su última obra de paz y amor, vence al monstruoso Cáliban, desbarata los lazos tramados por mañosa envidia, deshace rencores, une a los amantes, reúne a los naufragos que la

tempestad dispersó en la isla desierta, y luego, al retirarse del combate de la vida, da libertad al geniecillo que le secundó en su empresa.

Pensadores y artistas han indagado después qué quiso simbolizar el poeta en Cáliban, el monstruo que tiene todos los vicios degradantes, y en Ariel, el genio que posee todas las virtudes milagrosas. Se ha dicho que el uno es la bestia humana y el otro la inteligencia. Poco ha Renan presentó a Ariel vencido por Cáliban.

Hoy atraviesa Ariel con sus ingravidas alas el Atlántico y se detiene en la cabeza de un joven Próspero. Viene a ayudarlo a triunfar de Cáliban, que pretende adueñarse de esta isla desierta de la civilización que se llama América.

*
* * *

No se afirma esto por primera vez: José Enrique Rodó, uruguayo, es hoy el estilista más brillante de la lengua castellana. Es cierto que en España perduran las cuatro columnas de la prosa (1), Menéndez Pelayo, Valera, la Pardo Bazán y Pérez Galdós, y en América figuran Varona, Galván, Justo Sierra, entre los prosistas ilustres de las viejas generaciones. Pero el estilo nuevo —el estilo que deja de ser *el hombre* para ser más delimitadamente su intelectualidad, aislada de su personalidad, en cuanto ésta sea obstáculo para la justicia y la pureza de la expresión,—aunque presentido en algunos de aquellos escritores, ha florecido verdaderamente en tres jóvenes americanos: Díaz Rodríguez, César Zumeta y Rodó. De los tres, es éste el más completo: su prosa es

[1] Este ensayo fué escrito en 1904. Si se ha omitido mencionar los originales y brillantes estilistas del grupo juvenil de España, Blasco Ibáñez, Unamuno, Valle Inclán, *Asorin*, Ricardo León, Martínez Sierra y Gabriel Miró, es porque han aparecido años después de haber iniciado los modernistas de América la renovación del lenguaje y la adquisición de esas cualidades dominantes que admiramos en Rodó, la flexibilidad asombrosa y la impecable serenidad.

la transfiguración del castellano, que abandonando los extremos de lo rastrero y lo pomposo, alcanza un punto medio y se hace espiritual, sutil, dócil a las más diversas modalidades, como el francés de Anatole France o el inglés de Walter Pater, o el italiano de D'Annunzio.

Rodó, que es catedrático de literatura en la Universidad de Montevideo, cultiva principalmente la crítica. Cierto escritor lo ha llamado «el crítico más amplio y eclético de nuestro tiempo». Su método se funda en el análisis, principalmente psicológico, auxiliado por una erudición extensa y ordenada, una brillante imaginación y una esquisita sensibilidad estética.

Con *Ariel*, disertación filosófico-social, Rodó ha entrado en un nuevo campo. «Esta obra—dice *Clarín* (1)—no es ni una novela ni un libro didáctico; es de ese género intermedio que con tan buen éxito cultivan los franceses y que en España es casi desconocido. Se parece, por el carácter, por ejemplo, a los diálogos de Renan, pero no es diálogo: es un monólogo, un discurso en que un maestro se despide de sus discípulos. Se llama *Ariel*, tal vez por reminiscencia y por antítesis del *Cáliban* de Renan.

«El venerable maestro en el libro de Rodó se despide de sus discípulos en la sala de estudio junto a la estatua de Ariel que representa el momento final de *La Tempestad*, cuando el mago Próspero da libertad al genio del aire.

«En la oposición entre Ariel y Cáliban está el símbolo del estudio filosófico-poético de Rodó. Se dirige a la juventud americana, de la América que llamamos latina y la excita a dejar los caminos de Cáliban, el utilitarismo, la sensualidad sin ideal, y seguir los de Ariel,

[1] Leopoldo Alas, *Clarín*, [1832-1901], profesor de Derecho en la Universidad de Oviedo, fué uno de los grandes maestros españoles contemporáneos. Sus mejores obras son: los *Sotos de Clarín* [crítica] y *La Regenta* [novela].

el genio del aire, de la espiritualidad que ama la inteligencia por ella misma, la belleza, la gracia y los puros misterios de lo infinito.»

*
* *

Próspero, el maestro tras cuya silueta se oculta Rodó, habla a un grupo de jóvenes—la juventud americana, a quien se dedica el libro,—de lo que deben hacer por sí mismos, por la sociedad de que forman parte. Desde luego, se dirige a una juventud *ideal*, la *élite* de los intelectuales; y en la obra hay escasas alusiones a la imperfección de la vida real en nuestros pueblos. Rodó no ha intentado hacer un estudio sociológico, como Carlos Octavio Bunge en *Nuestra América*: su propósito es contribuir a formar un ideal en la clase dirigente, tan necesitada de ellos.

El problema de la civilización es idéntico en nuestros pueblos americanos y semejante al problema de la renovación en España, como lo estudian D. Rafael Altamira en su *Psicología del pueblo español* y Eloy Luis André en *Nuestras Mentiras convencionales*: es, en las palabras de Américo Lugo sobre Santo Domingo, que «la mayoría ignorante necesita instrucción y la minoría ilustrada necesita ideales patrios.»

A definir el ideal de Hispano-América tiende Rodó, a definirlo y a fijarlo en la conciencia de la juventud intelectual. «Yo creo—dice—ver expresada en todas partes la necesidad de una activa revelación de fuerzas nuevas: yo creo que América necesita grandemente de su juventud.»

Es así, puesto que para nuestros pueblos es crítico este momento histórico en que la ley de la vida internacional les impone ya tomar una dirección definitiva en su vida propia, y sólo la cooperación de las mejores

fuerzas los lanzará en una dirección feliz. La juventud posee las fuerzas nuevas.

Por eso, Rodó se dirige a los jóvenes, indagando si conciertan en su espíritu la fe, la esperanza, el entusiasmo, la constancia, el vigor necesarios para la magna obra.

La duda es grave. Muchas veces, ante el pesimismo que amarga muchas manifestaciones (no solamente literarias) de nuestra juventud, he pensado que éste es síntoma alarmante de un desfallecimiento espiritual. Es, como se revela en ciertos poetas decadentes, un pesimismo misantrópico y egoísta. Pero el egoísmo, resto de vitalidad casi siempre, es sin duda una cantidad aprovechable. Puede, modificándose, transformarse en el *culto del yo* predicado por los pensadores modernos.

Y sobre esto discurre el joven maestro: sobre el desarrollo de la personalidad, sobre el cultivo del jardín interior, sobre el valor inestimable de la fe en el porvenir y de la alegría, demostrando que la alegría animó los dos grandes movimientos creadores de la civilización moderna: la cultura griega, esa «sonrisa de la historia», y el cristianismo. A éste suele imputársele haber venido a «hacer una virtud de la tristeza»; pero no en vano Dante, el más grande de los poetas religiosos, colocó en el infierno a los que, debiendo estar alegres en la vida, estuvieron tristes y sombríos.

Al predicar sobre la personalidad, Rodó exulta la armonía que debe presidir al desarrollo de las facultades humanas, el equilibrio que debe hacer de cada individuo «un cuadro abreviado de la especie», pero indica, sobre todo, que nunca debe la absorción en el trabajo de una vida forzosamente utilitaria excluir los momentos del *ocio griego* que deben consagrarse al reino interior, al culto de las cosas elevadas y bellas que da el sentimiento superior de la Vida, definida por el Don

Juan filósofo de George Bernard Shaw (1) como «la fuerza que lucha siempre por alcanzar mayor poder de contemplarse a sí misma».

Demuestra luego la importancia y los beneficios del arte, la necesidad de desarrollar el sentido de la belleza como una de las virtudes que hacen grandes a los pueblos y mejores a los individuos. Enseñanza muy necesaria en la América española, en donde pocas veces se armoniza la labor artística con el funcionamiento de las otras actividades de la vida, dando por resultado que, por una parte, los artistas son generalmente individuos faltos de sentido práctico, y por otra parte, los no-artistas, desheredados de la *gran imaginación* e incapaces de ver en el arte, como los norteamericanos, un *poder efectivo*, llegan a concebirlo como ejercicio vano, completamente inútil e indigno de ocupar su atención.

* * *

Los dos capítulos más extensos del discurso se ocupan en estudiar las tendencias de la democracia y las enseñanzas que deben deducirse de la vida de los Estados Unidos.

Rodó llega a la justa conclusión de que la democracia, lejos de nivelar todos los méritos y obstruir la selección, tiene por objeto suprimir las distinciones artificiales para permitir la libre aparición y el desenvolvimiento fecundo del mérito individual positivo.

El exceso de utilitarismo de la época actual es necesariamente un fenómeno pasajero. Armas de las luchas sociales han sido sucesivamente la fuerza bruta, el ingenio y el dinero. Se dirá que las tres luchas subsisten

[1] George Bernard Shaw [nacido en Irlanda en 1856] es el mejor dramaturgo inglés contemporáneo. Es autor de «Hombre y Superhombre», «Cándida», «César y Cleopatra», etc.

conjuntamente, pero así mismo es cierto que en las regiones más civilizadas las luchas de la fuerza van cesando, porque la democracia ha puesto la libertad al alcance de todos, y que con la educación popular se trata de dar al talento todas las ventajas, poniendo, si cabe decirse, la inteligencia al alcance de todos. El problema del porvenir inmediato es poner la riqueza al alcance de todos, y las soluciones propuestas por Henry George y por los socialistas van pareciendo cada día menos ilusorias. La civilización tenderá a substituir «la lucha por la vida» por una solidaridad cada vez más firme e inteligente y, dulcificadas las relaciones sociales, la obra del utilitarismo servirá a la causa de Ariel.

Piensa Rodó que los Estados Unidos—cuyo ejemplo ejerce una conquista moral en muchos espíritus de Hispano-América—pueden ser considerados en el presente como «la encarnación del verbo utilitario,» y procede a analizar los méritos y los defectos de la civilización norteamericana.

Este análisis es la parte más discutible y más discutida de la obra. Cabe, en mi sentir, oponer reparos a algunos de sus juicios severos sobre la nación septentrional, mucho más severos que los formulados por dos máximos pensadores y geniales psico-sociólogos antillanos: Hostos y Martí.

En aquel organismo social hay dos males contradictorios que en el actual período de agitación se han crucificado: de una parte, el orgullo anglo-sajón, suerte de pedestal aislador en que se asientan las tendencias imperialistas, la moralidad puritana y los prejuicios de raza y secta; de otra parte, el espíritu aventurero, origen del comercialismo sin escrúpulos y del sensacionismo invasor y vulgarizador.

Pero por encima de sus tendencias prácticas, aquel pueblo sustenta un ideal elevado, aunque distinto de nuestro ideal *intelectualista*: el perfeccionamiento huma-

no, que tiene por finalidad el bien *moral* y debe traducirse socialmente en la dignificación de la vida colectiva.

Hoy mismo se ofrece a la mirada escrutadora, sugestivo para nuestro pensamiento, el perseverante esfuerzo idealista de la mejor parte, la genuinamente representativa del espíritu norteamericano, contra las tendencias corruptoras que amenazan invadir todos los campos de la actividad nacional: los hombres de probidad inflexible y agresiva en política; el periodismo serio, que es el más culto y noble en el mundo; los escritores, desde el decano Howells hasta el admirable Henry James y Edith Wharton—figura culminante de la juventud—que cultivan una literatura original y vigorosa, de honda psicología y estilo selecto; los artistas, creadores de una escuela nueva e independiente de pintura y escultura que ha dado glorias universales como Whistler, Sargent, Saint Gaudens y La Farge; los científicos que se consagran a una labor desinteresada, como Giddings y Ward, fundadores de sistemas sociológicos; los educadores y conferencistas que llevan al seno de las masas el evangelio de la elevación moral e intelectual.



Rodó expresa el temor de que la afición a los Estados Unidos pueda llevar a las jóvenes sociedades americanas a la renuncia de los ideales latinos.

Antes de decidir, justo es interrogar, con el ilustre cubano Sanguily: ¿cuáles son los ideales a cuya conservación debemos principalmente atender? Somos españoles, pero antes americanos, y junto con la herencia insustituible de la tradición gloriosa hemos de mantener la idea fundamental, no heredada, de nuestra constitución, la que alienta aún en nuestras más decaídas repúblicas: la concepción moderna de la democracia, base de las evoluciones de lo futuro.

Las cualidades inherentes a nuestro genio personal, —no menos reales porque aun no se hayan fijado en un todo homogéneo—no desaparecerán con la juiciosa y mesurada adaptación de nuestras sociedades a la forma del progreso, hoy momentáneamente *teutónica*.

Norma de nuestros pueblos debe ser buscar enseñanzas fecundas donde quiera que se encuentren; y el afán de cosmopolitismo que suelen mostrar es indicio cierto de que en ellos no prevalecerá ninguna tendencia exclusivista.

Pero, ante todo, para hacer de la obra de nuestra regeneración una realidad viviente y crear una cultura armónica, un progreso vario y fecundo, es necesario dar a las energías sociales un fin, un sentido ideal, una *idea-fuerza* capaz de unificar e iluminar los impulsos dispersos en el espíritu de la raza.

Tócanos reivindicar el crédito, que tanto hemos contribuido a minorar, de la familia española. Por fortuna el rápido desenvolvimiento material de los grandes estados de nuestra América, cuya profunda significación no ha escapado a hombres tan sagaces como Sir Charles Dilke y Henri Mazel, destruye en parte la creencia de un continente irremediablemente *enfermo*; y por otra parte, ya las notas de nuestra labor intelectual principian a escucharse en el concierto del mundo.

Y cuando se medita en la inagotable fecundidad de la naturaleza del Nuevo Mundo, y se confía en la virtualidad aún no agotada de la antigua raza a que pertenecemos principalmente por la vida espiritual y por la lengua, y en la potencialidad desconocida de nuestra compleja constitución social, el porvenir aparece rico de promesas efectivas. La fe en el porvenir, credo de toda juventud sana y noble, debe ser nuestra bandera de victoria.

Tal es la enseñanza fundamental de José Enrique Rodó en su discurso *Ariel*. Es esta obra uno de los gran-

des esfuerzos del pensamiento americano, y está destinada, como dijo Gastón Delligne de la poesía de Salomé Ureña, a mantener «de una generación los ojos fijos en el grande ideal.» En sus luminosas páginas se cierne, en gloriosa lontananza, la visión de la América, «hospitalaria para las cosas del espíritu, y no tan sólo para las muchedumbres que se amporen a ella; pensadora, sin menoscabo de su aptitud para la acción; serena y firme a pesar de sus entusiasmos generosos; resplandeciente con el encanto de una seriedad temprana y suave....»

«Mira tanto, y tan lejos, la esperanza!»

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA.

FRAGMENTOS DE MOTIVOS DE PROTEO

LA MULTITUD DE LOS QUE SE IGNORAN A SÍ MISMOS.—PEER GYNT.—Hombres hay, muchísimos hombres, inmensas multitudes de ellos, que mueren sin haber nunca conocido su sér verdadero y radical; sin saber más que de la superficie de su alma, sobre la cual su conciencia pasó moviendo apenas lo que del alma está en contacto con el aire ambiente del mundo, como el barco pasa por la superficie de las aguas, sin penetrar más de algunos palmos bajo el haz de la onda. Ni aun cabe, en la mayor parte de los hombres, la idea de que fuera posible saber de sí mismos algo que no saben. ¡Y esto que ignoran es, acaso, la verdad que los purificaría, la fuerza que los libentaría, la riqueza que haría resplandecer su alma como el metal separado de la escoria y puesto en manos del platero!.... Por ley general, un alma humana podría dar de sí más de lo que su conciencia cree y percibe, y mucho más

de lo que su voluntad convierte en obra. Piensa, pues, cuántas energías sin empleo, cuántos nobles gérmenes y nunca aprovechados dones, suele llevar consigo al secreto cuyos sellos nadie profanó jamás, una vida que acaba. Dolerse de esto fuera tan justo, por lo menos, cual lo es dolerse de las fuerzas en acto, o en conciencia precursora del acto, que la muerte interrumpe y malogra. ¡Cuántos espíritus disipados en estéril vivir, o reducidos a la teatralidad de un papel que ellos ilusoriamente piensan ser cosa de su naturaleza; todo por ignorar la vía segura de la observación interior; por tener de sí una idea incompleta, cuando no absolutamente falsa, y ajustar a esos límites ficticios su pensamiento, su acción y el vuelo de sus sueños! ¡Cuán fácil es que la conciencia de nuestro ser real quede ensordecida por el ruido del mundo, y que con ella naufrague lo más noble de nuestro destino, lo mejor que había en nosotros virtualmente! Y ¡cuánta debiera ser la desazón de aquel que toca al borde de la tumba sin saber si dentro de su alma hubo un tesoro que, por no sospecharlo o no buscarlo, ha ignorado y perdido!

Este sentimiento de la vida que se acerca a su término, sin haber llegado a convertir, una vez, en cosa que dure, fuerzas que ya no es tiempo de emplear ¿quién lo ha expresado como Ibsen, ni dónde está como en el desenlace de *Peer Gynt*, que es para mí el zarpazo maestro de aquel formidable

oso blanco?—Peer Gynt ha recorrido el mundo, llena la mente de sueños de ambición, pero falto de voluntad para dedicar a alguno de ellos las veras de su alma, y conquistar así la fuerza de personalidad que no perece. Cuando ve su cabeza blanca después de haber aventado el oro de ella en vana agitación, tras de quimeras que se han deshecho como el humo, este pródigo de sí mismo quiere volver al país donde nació. —Camino de la montaña de su aldea, se arremolinan a su paso las hojas caídas de los árboles. «Somos le dicen, las palabras que debiste pronunciar. Tu silencio tímido nos condena a morir disueltas en el surco.» Camino de la montaña de su aldea, se desata la tempestad sobre él; la voz del viento le dice: —«Soy la canción que debiste entonar en la vida y no entonaste, por más que, empidada en el fondo de tu corazón, yo esperaba una señal tuya.» Camino de la montaña, el rocío que, ya pasada la tempestad, humedece la frente del viajero, le dice: —«Soy las lágrimas que debiste llorar y que nunca asomaron a tus ojos: inecio si creíste que por eso la felicidad sería contigo!» Camino de la montaña, dícele la yerba que va hollando su pié: —«Soy los pensamientos que debieron morar en tu cabeza; las obras que debieron tomar impulso de tu brazo; los bríos que debió alentar tu corazón.» Y cuando piensa el triste llegar al fin de la jornada, el «Fundidor Supremo»,—nombre de la justicia que preside en el mundo a la integridad

del orden moral, al modo de la Némesis antigua, —le detiene para preguntarle dónde están los frutos de su alma, porque aquéllas que no rinden fruto deben ser refundidas en la inmensa hornaza de todas, y sobre su pasada encarnación debe asentarse el olvido, que es la eternidad de la nada.

¿No es ésta una alegoría propia para hacer paladear por vez primera lo amargo del remordimiento a muchas almas que nunca militaron bajo las banderas del Mal?—Peer Gynt! Peer Gynt! tú eres legión de legiones.

LOS VIAJEROS.—¡Al Norte! ¡al Sur! ¡al Oriente! ¡al Occidente! Son las naves que parten; son las naves de la antigua hechura: los galeones y las carabelas, tras cuyo suelto velamen sigue un dios de inflados carrillos; son las gloriosas naves del Renacimiento, que parten a redondear la forma del mundo... y cuando los redivivos argonautas que van en ellas vuelven de sus Cólquidas, no traen sólo magnificada idea de la tierra y milagrosa riqueza material: traen consigo, también, una alma nueva, una nueva concepción de la vida, una nueva especie de hombres, que se propaga por emulación y simpatía, y que consiste, en cuanto a la inteligencia, en el sentido de la observación y la malicia de la duda; en cuanto al sentimiento, en la alegría de vivir y el amor de la libertad, que han de volver estrecho el recinto del

claustro; y en cuanto a la voluntad en el ánimo de las heroicas empresas y la ambición de gloria y fortuna, que alza del polvo la frente en penitencia y empuja hacia adelante la cavidad del pecho hundido entre los hombros bajo la humilde cota del sayal.

Pero no es en estos épicos viajeros en quienes me propongo figurar la influencia de los viajes sobre el desenvolvimiento del espíritu. Yo quiero figurarla más bien en otra suerte, menos extraordinaria y gigantesca, de almas nómadas, que, por el mismo tiempo, y ya desde otros siglos, aparece encarnada, para la posteridad, en nombres famosos. Aludo al *caminante*, al que viajaba por sus pies: obrero que, para completar su aprendizaje, o curioso que, para dar vado a su pasión medía a lentos pasos comarcas y naciones enteras; de burgo en burgo, de castillo en castillo; viviendo del trabajo de sus manos o de la misericordia del cielo, y acariciando con miradas morosas la belleza desnuda de la realidad.

La personificación de este viajero libador de saber y «ciencia de mundo»; vago de noble especie; estudioso cuya biblioteca está a lo largo del camino; sabio cuya mano conoce menos la pluma que el bordón, podría ser aquel grande y singular Paracelso. Rebelde alzado, sin otros fueros que su propio juicio, contra la enseñanza de la tradición; alquimista por quien la alquimia pasó a ser conocimiento real y destinado en lo moder-

no a insigne gloria; renovador de la ciencia médica y el arte de curar, y, por lo exterior y aparente de su espíritu, pintoresco ejemplo de hombres raros, Paracelso trajo como innata en la mente la idea de leer a la Naturaleza en sí misma, más que en las páginas de los libros ilustres. La escuela de este observador y experimentalista instintivo, fué su infatigable viajar, de que la tradición ha hecho leyenda; viajar voluntarioso y errabundo, de pordiosero o de juglar, en que corrió todas las tierras sabidas de su tiempo; el saco al hombro; nunca seguro del rumbo que habría de seguir el día de mañana; atentos los ojos y el oído no sólo al más leve movimiento y al más vago rumor que partiesen del vulgo de las cosas, sino también a todo testimonio y juicio venidos del vulgo de las almas: la prédica del fraile, la observación del menestral, el cuento del barbero, la profecía del gitano, la receta del ensalmador, la experiencia del verdugo.

A esta casta de espíritus pertenece siempre, en lo íntimo y esencial, el viajero que lo es por naturaleza; aunque viva siglos después de Paracelso, y viaje en alas de la locomotora, de la cual por otra parte, sabrá prescindir alguna vez. Porque el monstruo flamígero con que hemos vencido a las distancias, es símbolo glorioso si lo juzgamos en cuanto a la utilidad de cambiar rápidamente ideas y productos, y a los lazos que estrecha y los prejuicios que aparta; pero si se le refi-

riese a la disciplina del viajar, sería símbolo del ver mal y somero y del ser llevado en rebaño, por el invariable camino que fijan en la inmensidad del campo dos cintas de hierro, a las ciudades donde luego gobernará los pasos del huésped una officiosa *gula*, que reúne, en octavo menor, las instrucciones del Sentido Común, personificado en un librero de Léipzig o un impresor de la Albe-marle Street. El genuino viajero es aquel que acierta a rescatar, por la espontánea tendencia de su espíritu, todo lo que esos medios de facilidad y bienestar quitan a los viajes, tratándose de la generalidad de las gentes, de su interés original y sabroso, y de la virtud de educar que siempre tuvieron. Por el modo intuitivo de dirigir su observación, como a favor de una aguja magnética que llevase dentro del alma; por la manera de guardar su libertad, y de palpar para creer lo que está escrito, y de tomar por la senda desusada, y de detenerse allí donde se ha convenido que no hay cosa que ver, el viajero de instinto es siempre el *caminante*, el andariego, el vagabundo.

LA PAMPA DE GRANITO.

ERA una inmensa pampa de granito; su color, gris; en su llaneza ni una arruga; triste y desierta; triste y fría; bajo un cielo de indiferencia, bajo un cielo de plomo. Y sobre la pampa estaba un viejo gigantesco; enjuto, lívido, sin barbas; estaba un gigantesco viejo de pie, erguido como un árbol desnudo. Y eran fríos los ojos de este hombre, como aquella pampa y aquel cielo; y su nariz, tajante y dura como una segur; y sus músculos, recios como el mismo suelo de granito; y sus labios no abultaban más que el filo de una espada. Y junto al viejo había tres niños ateridos, flacos, miserables: tres pobres niños que temblaban, junto al viejo indiferente e imperioso, como el genio de aquella pampa de granito.

El viejo tenía en la palma de una mano una simiente menuda. En su otra mano, el índice extendido parecía oprimir en el vacío del aire como en cosa de bronce. Y he aquí que tomó por el flojo pescuezo a uno de los niños, y le mostró en la